



El último libro

Raúl Sanz García

Σi

Editorial Inexistente

EL ÚLTIMO LIBRO

Raúl Sanz García

EL ÚLTIMO LIBRO

Raúl Sanz García

Σ **i**

Editorial Inexistente

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

© Raúl Sanz García
Madrid (España), 2024
raul@raulsanz.es
<https://raulsanz.es>

Editorial Inexistente, 2024

ISBN: 979-8301360374



1. Patillas de gafa

Eloy Tarde echó un vistazo por la ventana para ver cómo un mastodonte de infinitas ruedas se enroscaba por las calles del polígono. Lo que más le sorprendía era el entusiasmo infantil de su compañero de trabajo ante aquellas proezas mecánicas que veían pasar a cientos cada día. Cada vez que sentía rugir una de aquellas bestias, Emilio alzaba la cabeza como un pájaro cuya jaula fueran los cristales de la ventana, el móvil y el monitor. A través de ese oráculo, le llegaban las visiones que pregonaba al aire acondicionado. Esa misma mañana, los había deleitado con la increíble noticia de que unos biotecnólogos americanos habían logrado que las gallinas pusiesen los huevos con la fecha de caducidad ya estampada.

Eloy distaba mucho de compartir la emoción por tales caprichos. El mundo rebosaba de ingenios, pero su mirada se escapaba a la columna de cielo y tierra que se veía al fondo, entre dos paredes desnudas. En ese breve paisaje adivinaba un cielo limpio y un bosque lejano. Ni una cosa ni otra eran ciertas. Tras los matorrales resecaos, bajaba una carretera hasta la autopista de veinte carriles que envolvía la ciudad. En ese cruce ensordecedor estaba la parada de autobuses que pisaba dos veces al día. La mitad de cada viaje era por un túnel cuya oscuridad lo invitaba a imaginar

laberintos secretos tras las oquedades camufladas en los muros ennegrecidos por el humo. Prefería el trecho en la superficie, las avenidas a las que caían las callejuelas que venían del centro, los parques y los edificios antiguos; pero también los interminables barrios que parecían todos iguales y sin embargo ocultaban cada uno su propio mundo.

Su oficina era un rincón en un inmenso panal diáfano en el que se sucedían las filas de trabajadores absortos en sus pantallas. Conocía únicamente los nombres y las tareas de unos pocos a su alrededor, el resto se movía más allá como un enjambre indescifrable. Aquella era una de las miles de sucursales desde las que se dirigía la producción de absolutamente todo. Él mismo tenía la específsima tarea de diseñar patillas de gafas. Y no era un diseñador cualquiera, había solamente un puñado de expertos como él en todo el mundo. Entre todos, con una creatividad que se reducía a modificar rutinariamente unas plantillas, abastecían a toda la humanidad. Sus conocidos bromeaban con la exclusividad de tener unas gafas diseñadas por Eloy, quien dejaba pasar sus risas sin aguarlas en un discurso acerca de la monotonía serial de los millones de sujetos especializados en los accesorios del mundo de las infinitas cosas. Así, había cuatro o cinco elegidos que diseñaban mangos de destornillador, caperuzas de bolígrafo, fundas de almohada, ruedas de carrito de supermercado, envoltorios de caramelo o teclas de teléfono. Todo ello se enredaba en una maraña empresarial en la que cada hilo terminaba conectado globalmente en un puñado de gigantescas corporaciones que producían el 99,9% de todo. ¿De dónde salía el 0,1% restante? Ese indefinido residuo

era lo inabarcable, el pequeño espacio que separaba aquella realidad de su liquidación. Así filosofaba Eloy entre patilla y patilla, un breve intervalo en el que simulaba trabajar cuando realmente se esparcía por el azar de curiosidades que el buscador de internet le ofrecía. Y así un día tras otro, con la penosa sensación de dejarse la vida allí.

A la salida, cuando iba hacia el autobús, le abordaban unas ganas de correr refrenadas más por el pudor que por la falta de fuerzas. Con esa energía deshacía el camino de su rutina y muchos días, especialmente en las épocas en las que el regreso coincidía con el atardecer, se bajaba unas paradas antes para caminar por una calle ancha repleta de tiendas. El resplandor anaranjado del sol se mezclaba con las luces artificiales sobre las aceras coloreadas por el reclamo de los escaparates. Allí se paraba Eloy, liberado de su dieta de gafas, ante una multitud de objetos diversos. Le gustaba mirar las ferreterías e imaginaba cómo sería una vida entregada a la improvisación de lo que aquellas herramientas diesen de sí. Más adelante había una pequeña tienda de maquetas que mostraba exquisitos trabajos. Y entre la pastelería, la mercería, la tienda de arte y otra de camisetas y accesorios extravagantes, se ocultaban algunas librerías que habían sobrevivido a la desaparición de su mundo.

En medio de su camino había un parque, y en su fondo unas escaleras que bajaban hacia una antigua estación de tren reconvertida en el Museo de Ciencia e Ingeniería. A esa hora estaba ya cerrado, pero se podía caminar alrededor del inmenso edificio hasta su parte trasera, donde unas vías muertas conectaban con unos hangares descuidados de los

que asomaban restos de maquinarias. A ese lateral, opuesto al de la entrada principal, daban algunos ventanales de marcos de hierro repintados tras los cuales, entre las rendijas de unas cortinas gruesas, se veía algo del interior. Las ventanas siguientes estaban tapiadas con tablones que ocultaban zonas restringidas del museo, almacenes o talleres. La curiosidad por lo que se ocultase allí le parecía a Eloy más sugerente que el propio museo, en el que finalmente uno encontraba lo que se esperaba: los grandes hitos del ingenio humano reunidos someramente con la ayuda de grandes carteles explicativos.

De vuelta a la calle, en su final, una rotonda daba a elegir entre continuar hacia las afueras o torcer hacia un barrio estrecho de bloques macizos. Allí, recogido tras un jardincito raquítrico, estaba el portal de Eloy, y dentro, en el undécimo piso de dieciséis, su pequeño apartamento en el que vivía solo. Cuando llegaba solía encontrar al portero, que se ocupaba de ese y otro bloque adosado, charlando de sus cosas con cualquier vecino. Sin ninguna conversación que compartir, Eloy saludaba como un autómatas y cogía el ascensor mientras imaginaba tras él murmuraciones sobre su esquivo carácter.

Ya en casa se tiraba en el sofá, pero cada vez más le abordaba una desazón que vivía colgada de aquellas paredes. En ellas guardaba los restos de una vida de comienzos y de abandonos. Eloy saltaba de un interés a otro sin voluntad para persistir en nada. Se le amontonaban los libros a medio leer, los viajes no realizados, los estudios sin terminar, los inventos inútiles. En aquellos momentos, solo le apetecía

mirar la vida pasar, y no le parecía un mal plan. Después de comer algo, se iba a la calle para improvisar un paseo. Lo que más le gustaba de aquella ciudad inmensa y enrevesada era la posibilidad de encontrar siempre un callejón, una plaza o un edificio nunca vistos. A veces bastaba con mirar hacia arriba para descubrir una hilera de balcones y tejados que renovaban el paseo cotidiano. Otras veces se sentaba a ver pasar gente y les imaginaba pedazos de vida, o los miraba pasar sin más.

¿Qué pensarían ellos de él? Nadie se volvía para examinarlo. Quienes, por un giro de cabeza, cruzaban con él la mirada, no veían más que a un sujeto corriente que estaba allí como pudiera estar cualquier otro, como estaban las farolas y los árboles. Un sujeto joven, menos de lo que parecía, mediano en todo salvo en la mirada intensa. Un crío, dirían los viejos; un señor, los niños; un chaval, el resto. Y así continuaba aquel desfile interminable que no era fruto del azar. Todos los que ante él pasaban tenían un propósito, y todos se mezclaban en una vida oceánica que seguía corrientes ocultas e ingobernables, líneas que a veces se cruzaban con una recurrencia que, para un observador atento, era altamente sospechosa. Aquel día, por ejemplo, se volvió a encontrar por cuarta vez en dos semanas y en lugares muy distintos con un conocido lejano. Era un hombre viejo y hosco que caminaba con las palmas de las manos vueltas hacia atrás. ¿Qué querrían decir tantas casualidades? Eloy no podía recordar nada significativo que le uniese a aquel sujeto; sin embargo, sus vidas se anudaban por una inercia indescifrable y sin aparente sentido. ¿Para qué buscárselo?

Lo que no es cognoscible, es como si no existiera. Sus efectos, sin embargo, nos permiten imaginar innumerables posibilidades entre la idiotez y la mística.

Eloy prefería que esas posibilidades se mostrasen en el mundo, así la imaginación podía aferrarse a algo más allá de un mentalismo vicioso. Se sentía entonces un lector de augurios, como aquellos antiguos que veían guerras en el vuelo de las aves. Era solo un juego, obviamente, como lo eran también tantas fiestas y ritos a los que se acercó en su día con curiosidad y que ahora veía en la distancia fascinado por la implicación sincera de tantos hombres y mujeres aferrados a los ecos de palabras incomprensibles.

Era necesario entonces ir adonde hablasen la propia lengua. El hogar, le dijeron una vez, es el lugar dónde ya saben quién eres. Eloy conocía pocos de aquellos lugares, era huérfano y apenas tenía trato con su escasa familia. Su vida social era dispersa y le costaba encontrar sitios y gente que le hiciesen estar, por un instante, en esa calma. Algunos días bajaba a la taberna del Caracol, donde a veces quedaba con algún amigo para no hablar de nada y pasar el rato con algunas bromas. Aquellos momentos eran escasos y, cada vez más, todo el mundo parecía succionado por mil venturas. Entonces, solo quedaba ir para cruzar dos palabras surrealistas con el búho, que siempre estaba allí, tras la barra. Así podía irse a dormir con la sensación de haber hablado con alguien.

Y al día siguiente, lo mismo. En el trabajo, Daniela se iba a tirar por un barranco el finde que viene. A lo que seguía una conversación sobre tirolinas, raftings y puentings. Eloy,

a quien tanta multiaventura le traía a la mente la imagen de un hámster corriendo en su rueda, se guardaba sus ocurrencias para no ofender a nadie. Como si de una partida de póker se tratase, la apuesta de los viajes rurales se subía a los continentales y luego a los oceánicos. Del Perú a Tailandia, en todas partes se competía por atraer a todos esos viajeros que se paseaban por las playas paradisíacas como si las acabasen de descubrir, que luego eran llevados a montar en elefante o a visitar unas ruinas enigmáticas que los arqueólogos habían limpiado cuidadosamente para ellos.

Eloy no tenía ningún plan para sus vacaciones, así que no podía jugar a ese juego. Aún estaban en primavera, pero algo tendría que hacer y no se le ocurría nada que le interesara. O quizás sí, una sola cosa, pero para ese mismo instante. Quería salir de allí y echar a andar, cruzar la carretera y dejar que sus pasos lo llevasen a través del campo reseco lejos de la ciudad. Cuando se agotasen sus fuerzas, se echaría sobre el silencio a mirar las estrellas.

2. Una puerta abierta

Eloy iba siempre con el tiempo justo, se vestía y se duchaba a toda velocidad, y dejaba el desayuno para cuando bajase del autobús. Aquella mañana, un problema con el tráfico le obligó a meterse en uno repleto que, parada a parada, se llenaba aún más. Agarrado como podía a una barra,

terminó apretado contra la puerta de salida. Era entonces el viajero molesto, el que se queda en medio y que, cada vez que alguien quiere bajar, se contorsiona para dejar espacio o tiene que bajar él mismo para luego regresar. Por si fuera poco, tenía que aguantar la conversación telefónica de un sujeto que, a voz en grito, declaraba que la próxima vez que fulano le dijera tal o cual, lo mandaba a la mierda. Al otro lado, unos auriculares destrozaban unos oídos con una música machacona que todos podían oír. Una mujer de manos gruesas se hizo hueco y lo empujó a apretarse aún más contra los cristales. En ese justo momento, las puertas se abrieron, pero nadie quería bajar. Todos permanecieron quietos, a la espera de que se cerrasen y continuase el trayecto. Frente a Eloy, un bulevar caía en dirección al sol naciente, cuyos rayos se filtraban entre las hojas de los árboles. Por un extraño silencio, se oían los cantos de los pájaros que recibían esa luz. Una anciana caminaba lentamente ajena a todo. Un hombre leía un periódico deportivo en cuya portada de colores se veía la foto gigante de un futbolista gritando gol. Otro se fumaba un cigarro en una esquina, quizás esperase a alguien o quizás estaba allí simplemente por el placer de estar allí.

¿Por qué seguir el viaje?, el aire fresco de la mañana le daba en la cara y el mundo se abría frente a él mientras, por detrás, los otros pasajeros le quitaban espacio centímetro a centímetro. No lo pensó, sus pies se movieron solos y, justo antes de que las puertas se cerrasen, bajó. El autobús siguió su camino y lo dejó allí, en mitad de una calle cualquiera. Dudó un instante entre echar a andar o

esperar al siguiente, pero el tráfico apenas avanzaba. Miró a los conductores ofuscados, atrapados entre cuatro metales, y sintió una alegría inmensa por no compartir su destino. Merecía un día libre, ¿por qué no? Y comenzó a descender bajo los árboles.

Pasó por una floristería y pensó seriamente en comprar una planta, aunque dudaba que alguna pudiese sobrevivir en su piso oscuro y mal ventilado. Lo dejó para otro día y entró en una cafetería en la que se respiraba el aire lento de los rincones que quedan en las afueras de la hora punta. Se sentó en una mesa con vistas a la calle y se puso a hojear un periódico mientras mojaba una porra en el café y veía pasar a los niños hacia el colegio. Entre unas cosas y otras, pensaba en su excusa. Obviamente, estaba enfermo, al menos era cierto que se había sentido mal en el autobús. ¿Qué hora era? Palpó su bolsa en busca del móvil, pero no lo encontró. Tampoco lo llevaba en la chaqueta ni en el pantalón. Lo había olvidado en casa con las prisas. No iba a desanimarse por aquel contratiempo. Ya habría tiempo para llamar. Al fin y al cabo, era solo un día, nada más.

Una mañana sin móvil, sin trabajo y sin otra obligación. Acostumbrado a los paseos vespertinos, aquel tenía para Eloy un sabor inédito a libertad. No sabía exactamente dónde estaba, pero sí hacia dónde caminar para llegar a parajes conocidos y, finalmente, a su casa. Decidió tomárselo con calma y disfrutar. A esa hora, las calles estaban tranquilas, pero vivas. Los repartidores invadían las aceras y los parques y paseos se llenaban de gente mayor. Unos se juntaban para sus recuerdos, otros paseaban al nieto o al perro. Algunas

señoras bajaban despacio con su carrito de la compra, las puertas del supermercado se abrían rítmicamente para acogerlas. Desde allí, se subía por una avenida que llegaba a una estación de trenes. A Eloy le gustaba cruzar por esos lugares de tránsito y observar el ajetreo de los viajeros que buscan su andén. En el interior, el quiosco era un crisol de publicaciones variadas, un poquito de cada cosa, pero nada especial. Afuera, en la rampa de entrada, una fila de manteos ofrecía discos, cinturones, calcetines y gafas, quizás con sus patillas, pero no se paró a comprobarlo.

Así continuó hasta que dio con una esquina reconocible en la que había una tienda de bicicletas con una pequeña iglesia enfrente. Más allá, se llegaba a la calle por la que tan frecuentemente bajaba por las tardes, tras el trabajo. La siguió durante un trecho y entró a curiosear en la tienda de maquetas. Al lado había una administración de lotería en la que nunca se fijaba. Hizo una quiniela al azar con la sincera esperanza de hacerse millonario, esperanza que olvidó nada más salir a la calle. Luego, en vez de ir directamente a su casa, prefirió callejear en dirección al museo, decidido ya a pasar un rato en él.

Cuando llegó a sus puertas, no se veía a nadie alrededor. Pagó tres monedas y se metió por un pasillo blanco que le condujo a una gran sala en cuyo centro unas vitrinas mostraban antiguos instrumentos de navegación, como sextantes o astrolabios. Pasó de una cosa a otra sin detenerse en nada, mirándolo todo por encima y leyendo frases sueltas en los carteles. Se paró un momento a ver un video que recreaba la formación del sistema solar y subió después por

una escalera hacia una sala que le gustaba especialmente, la de los ingenieros alejandrinos.

Allí, frente a la *eolípila* de Herón, había un sujeto pintoresco, el primer visitante con el que se encontraba. De espaldas anchas y piernas cortas y arqueadas, observaba la máquina con dos larguísimos brazos peludos en jarras. Cuando Eloy se acercó tímidamente a mirar de reojo, se fijó en el frondoso bigote gris de extremos en punta. Decidió esperar a que el hombre se apartara y se puso a leer un panel contiguo, pero en mitad de su lectura, el hombre se giró bruscamente y le miró con un rostro grande y curtido, de nariz aplastada y mirada penetrante bajo dos cejas que parecían el reflejo invertido del bigote.

—¡Bonitos cacharros! —exclamó con voz ronca, pero potente.

Eloy, sorprendido, contestó con una afirmación meliflua y una sonrisa que no podía competir con el arrollador muestrario de dientes postizos que le abordaba. Su dueño, desalentado por la falta de empatía, se alejó hacia otros expositores mientras tarareaba rítmicamente *hum, hum, hum*. Durante unos minutos se perdió entre las salas para luego aparecer sigilosamente tras un órgano hidráulico y resumir, con el tono de un locutor de documentales, lo que se leía en el panel explicativo: el *Hydraulis* fue un órgano inventado por los griegos que funcionaba con agua, el primer instrumento de teclado que se conoce...

—Yo mismo lo he tañido alguna vez —añadió de repente—. Soy organista, entre otras cosas. Cornelio *el organista*, me llaman, entre otras cosas. He tocado muchos otros órganos,

por supuesto. Sin ir más lejos, el de la mismísima catedral de Notre Dame, delante del Presidente de la República y de quince arzobispos.

Eloy, sin saber qué responder, lo miró con un silencio amable. Aquel hombre parecía uno de esos que lanzan un anzuelo de palabras hacia el primero que pase. En cuanto agarran su presa, la envuelven con discursos manidos. Aunque, ciertamente, aquella historia de organista tenía poco que ver con las lamentaciones acerca del precio de los plátanos, el retraso de los autobuses o los sueldos de los políticos que suelen soltar los buscadores de escuchantes.

—¿Toca usted algo? —preguntó Cornelio.

—¿Perdón?

—Algún instrumento.

—Un poco la guitarra, pero no muy bien.

—No muy bien es mejor que nada.

—Sí, pero tampoco es bien.

Cornelio recibió de buen grado el ingenio de Eloy y lanzó una risotada. Por un momento, el joven creyó que le iba a dar un manotazo de camaradería, pero bruscamente cambió de actitud y susurró como si revelara un gran secreto:

—¿Sabe usted quién hace estas maquetas? Yo se lo puedo enseñar. Está aquí abajo, ¿quiere verlo?

El viejo dio por supuesto que aceptaba y enfiló hacia la planta baja. Llegaron a una sala en donde una vigilante dormitaba en su butaca. Cuando estuvieron a su altura, gritó: ¡María! La mujer dio un brinco y salió de mala gana de su ensoñación.

—¿Podemos pasar? —preguntó Cornelio señalando a una puerta de servicio.

Tampoco esta vez se paró a esperar una respuesta. Pasaron ante la cara de resignación de María y se adentraron en el vientre del museo.

Atravesaron unas oficinas vacías y luego un pasillo en cuya mitad desaparecían los recubrimientos de yeso para dejar a la vista los antiguos ladrillos. Descendieron hasta un sótano inmenso cuyas paredes y techo se perdían en la oscuridad. En mitad de la penumbra, unos focos señalaban un cerco de estanterías en cuyo interior trabajaba un hombre encorvado sobre un armazón de madera.

—José hace las máquinas —gritó Cornelio con un vozarrón que rebotó por todo el lugar—. José es el esposo de María. Tiene gracia, ¿eh? José es carpintero y María una devota que se pasa el día sentada mirando al cielo.

El carpintero escuchó aquellas palabras y reconoció a quien las pronunciaba, por eso se tomó la licencia de no abandonar su tarea hasta que el tornillo que estaba apretando no llegase a su final. Solo entonces alzó la vista y mostró un rostro pegado a los huesos, unos ojos grandes y tranquilos, y una boca torcida y del color del tabaco. Pero no dijo nada. Cornelio hablaba por todos:

—¿Qué tal el trabajo, José? Este es mi amigo... ¿cómo te llamabas?

—Eloy.

—Eloy, amigo del museo, experto en máquinas griegas y guitarrista —dijo sin dar tiempo a que el joven pudiese desmentir o matizar aquello—. Porque todos somos muchas

cosas sin saberlo. Yo mismo soy organista, arqueólogo, cartógrafo, pintor, explorador....

—Sí, y coronel del ejército prusiano —murmuró José mientras apretaba otro tornillo.

El viejo recibió la ironía con una risotada e inmediatamente se puso a explicar sin mucho orden lo que allí se veía: unos planos encontrados en una catedral, herramientas traídas de Japón o las hábiles manos de José, que aprendió el oficio en Hamburgo y levantaba maquetas para *entrar a vivir* o reconstruía los ingenios de Leonardo. Así estuvo un rato hasta que no quedó a la vista más sobre lo que inventar. Entonces se volvió hacia Eloy.

—Y usted, ¿a qué se dedica?

—Soy diseñador. Diseño... cosas —respondió el joven sin mucho entusiasmo.

—¡Extraordinario! ¿Has oído, José?

El carpintero seguía con sus tornillos ajeno a la alegría de Cornelio, que parecía que hubiese descubierto la piedra filosofal.

—¡Qué fortuna la nuestra por haberte encontrado! —sentenció.

Eloy se quedó pasmado, no sabía muy bien qué decir acerca de aquel súbito interés en él por parte de un desconocido estafalario. Cornelio, como si le leyera el pensamiento, se adelantó a sus palabras.

—Soy un amigo del museo, como tú. Tan amigo que me dejan ir por todas partes...

—No tienen valor para echarle —corrigió José.

—Y hacemos cosas por el bien de la ciencia, del saber,

del arte, de la humanidad, de los animales, los árboles, los arbustos, los pueblos venideros y los prehistóricos...

¿Los pueblos prehistóricos? Eloy comenzó a sospechar que aquel hombre no estaba en sus cabales. Quizás trabajó en su día en el museo, o era amigo de algún director y por eso le dejaban pulular por allí mientras no rompiese nada.

Pero no hubo tiempo para más. Cornelio, imprevisible en todo, se despidió a toda prisa y se fue directamente hacia las sombras del fondo. Cuando su silueta dejó de verse, gritó, y sus palabras se oyeron como si estuviese allí mismo:

—¡Ya hablaremos!

¿Ya hablarían? ¿Cuándo? Le había dejado plantado sin ni siquiera indicarle la puerta de salida. Obviamente, la solución era sencilla y José, mientras se afanaba en ponerle el pelo a una segueta, se encargó de recordársela:

—Se sale por donde se entra.

3. Una puerta cerrada

Salió efectivamente por donde había entrado. No se encontró con nadie y abandonó el museo sin saber qué hora era. Perdido el sosiego del amanecer, siguió deambulando hasta que el hambre se adueñó de sus pasos. Como no tenía nada en su nevera, se metió en el primer local medio decente que encontró y allí un reloj de pared le confirmó que era más tarde de lo que pensaba.

Después, cansado y sin ganas de ir a ningún otro sitio, se marchó a casa y se tiró en el sofá. Había olvidado por completo el móvil. Se levantó de mala gana y vio las llamadas y los mensajes que le recordaban que tenía que inventarse una excusa. En aquel momento su trabajo le parecía un incordio lejano que por nada del mundo deseaba traer al presente. Hizo de tripas corazón y llamó. Era un pésimo fingidor, así que dijo sin más preámbulos que se había sentido mal del estómago por la mañana y que no había ido al médico. Le daba igual que lo creyeran. Mañana vería si estaba bien, si iba al médico o qué hacía. Colgó el teléfono y lo tiró como si quisiera alejar un pájaro de mal agüero.

Se puso a recordar el peculiar suceso del museo con una sensación de pudor, como si se hubiesen burlado de él. Sin embargo, tenía la impresión de que Cornelio era tal como se mostraba, exagerado y socarrón, pero sincero. Con ese recuerdo se sumió en una siesta larga de la que despertó casi a la hora de cenar. El resto del día lo pasó intentando leer alguno de los muchos libros que tenía empezados, ninguno fue capaz de retener su atención. Durante la noche, apenas durmió y se levantó tan cansado que pensó que quizás estaba enfermo de verdad. El café y la ducha casi lo recuperaron, al menos pudo llevar a cabo su rutina de cada mañana sin mayor sufrimiento.

Ya en el trabajo, respondió con evasivas y agradecimientos a quienes se interesaron por él. A mediodía, lo llamaron al despacho del gerente. En su recorrido por el pasillo, observó que sus compañeros lo miraban como si fuese una vaca vieja a la que llevaban al matadero. Eloy intuía lo que

iba a suceder y casi lo deseaba. Mientras le invitaban a sentarse, se fijó en la corbata rosa del gerente, y de ahí pasó a unas patillas de gafa plateadas que, sin duda, eran diseño suyo. El hombre, con voz experta, le soltó una charla sobre las virtudes de aquella empresa y la importancia del compromiso. Eloy, incapaz de atender a sus palabras y de fijar su mirada en aquellos ojos tristes, recorría alternativamente la corbata, las patillas, el anillo de matrimonio embutido en un dedo peludo y un cactus enano. Al compromiso le siguió la actitud personal, lo de ayer resultaba ser un grano de arena más en una trayectoria torcida: llegar tarde, ausentarse, baja productividad, etc. Y eso, sumado a los ajustes económicos y la crisis, llevaba inevitablemente al despido de Eloy. Una conclusión lógica, irrefutable, fundada en los axiomas de la economía. Lo sentían mucho, pero aquel era su último día.

—Esas patillas son mías —respondió Eloy en absoluto sorprendido por la sentencia.

—¿Perdón?

—Esas patillas, las he diseñado yo. Es lo que hago aquí, en esta empresa de mierda.

—Oiga...

—Pero bueno, no creo que les cueste encontrar a otro. Solo hay que copiar y pegar.

Satisfecho con su respuesta, abandonó el despacho sin esperar una réplica. Después de todo, aquel gerente debía estar dispuesto a soportar al menos una pequeña impertinencia. Solo después, cuando recogía sus cosas, tuvo un conato de arrepentimiento, pero ya daba igual. Sus compañeros le

cubrieron de lamentaciones y hasta parecían más tristes que el propio despedido. Cuando cruzó la puerta de salida, no pensaba en su futuro, simplemente estaba feliz por marcharse de allí. Ya en la calle, respiró como si el aire fuera puro y, con calma, paseó por el polígono admirado por la vida que allí se desplegaba. Comenzó a ver aquel ajeteo de personas y vehículos como no lo había hecho hasta entonces, como una obra ingente de millones de sujetos desbordados por la totalidad.

Con estos pensamientos, cogió el autobús por última vez y se bajó inusualmente pletórico en la calle que tantas veces había recorrido antes de llegar a casa. Pasó por el escaparate de la tienda de maquetas y se deleitó con los detalles de un pequeño castillo medieval que acababan de colocar. Cuando miró hacia el interior del local, vio a José, el carpintero del museo, entre los clientes. Aunque apenas había intercambiado palabras con aquel hombre, decidió aprovechar la coincidencia y entró. Sus miradas se cruzaron y Eloy amagó un saludo tímido que el otro pareció no advertir o ignorar. Quizás ni se acordaba de él. Se puso entonces a curiosear en los estantes hasta que oyó que le hablaban por la espalda.

—Esas herramientas están bien para cosas sencillas.

José le mostró una caja con el siguiente letrero: «Mini taladro MasterPro con motor XZ50 de 36.000 rpm».

—Lo paga el museo.

—Claro. —Eloy buscó palabras para una conversación casual, pero no se le ocurrió nada.

—¿No trabajas hoy? —preguntó José.

—La verdad es que me han despedido —confesó el joven sin rodeos.

—Vaya, lo siento —el carpintero hablaba con una suavidad que contrastaba con la dureza de su rostro enjuto—. De todas formas, no se te veía muy feliz.

—Así es.

—Bueno, ahora que tienes tiempo, pásate por el museo.

Y se marchó sin más despedida. Eloy no sabía muy bien cómo interpretar aquella invitación. ¿Ir al museo como un visitante más o con permiso para bajar al taller? Se acordó de que no tenía ningún tipo de plan para el futuro. ¿Qué iba a hacer?, ¿de qué iba a vivir? Sus ahorros le llegarían para algunos meses, y con el subsidio de desempleo podría ir tirando algún tiempo más. Pero eso no era, desde luego, ningún plan de vida. Decidió no agobiarse al menos aquel día. Al siguiente comenzó con las gestiones del paro. Un papel por aquí y otro en la otra punta de la ciudad, entre unas cosas y otras estuvo entretenido toda la semana. Pasó algunos ratos en la taberna del Caracol, otros en lugares improvisados, visitó incluso a unos primos e hizo una ruta de montaña en la que, para su disgusto, encontró casi tanta gente como en una calle comercial.

Había casi olvidado la existencia del museo hasta que, una semana después, cruzó casualmente frente a sus puertas. En aquel momento no sentía especial interés en pasarse la tarde mirando expositores, así que se puso a deambular alrededor del edificio. Llegó hasta un extremo cortado por una valla metálica y descubrió que, en el lugar en el que esta se juntaba con los ladrillos, se abría un estrechísimo callejón

por el que era posible acceder al otro lado. No había ninguna indicación al respecto, pero parecía una zona restringida. Era en realidad un patio trasero en el que se acumulaba la chatarra. Entre dos contenedores, distinguió una discreta puerta metálica. Se acercó a curiosear y, con apenas rozarla, la puerta se abrió. Asomó la cabeza, pero no se veía nada. «Un poquito más —se dijo— a ver lo que hay al otro lado». Entró con cautela y tras avanzar unos pasos, oyó un portazo lejano. Presa de la inquietud, quiso regresar, pero se rebeló contra sí mismo. Si le pillaban, ¿qué? La puerta estaba abierta y allí no había nada de valor. Seguro que no era tan fácil entrar en las salas donde se guardaban las piezas valiosas. Se obligó a avanzar por aquel corredor desnudo y en penumbra. El desafío era llegar justo hasta el punto en el que fuera imposible continuar. Así alcanzó una puerta de servicio, tras ella bajó por una escalera y, tras otra puerta, apareció en un sótano inmenso cuyas paredes se perdían en la oscuridad. En su centro, bajo una luz cenital, había una figura inclinada sobre un armazón de madera. Era José. Eloy se quedó paralizado, sin saber si entrar o darse la vuelta, hasta que alguien notó su presencia.

—¡Pasa hombre, no te quedes ahí! —tronó la voz de Cornelio desde las sombras.

Eloy avanzó tímidamente mientras el viejo aparecía de la nada con los brazos en jarras, la cabeza alta y una sonrisa abierta e imbatible. José, por supuesto, ni siquiera alzó la cabeza.

—Te dije que el chaval encontraría el camino. Es bueno en lo suyo.

—¿Lo mío?

—Meter las narices por todas partes.

Y antes de que Eloy pudiera protestar, Cornelio le dio un manotazo de camaradería que casi lo tiró al suelo.

—Me han dicho que te has quedado sin trabajo.

El viejo irrumpió en una carcajada tan descomunal que pareció que su dentadura iba a salir disparada. Eloy explicó brevemente su nueva circunstancia y Cornelio, en lugar de compadecerse como había hecho todo el mundo, lo celebró al grito de ¡bribones! Aquel hombre daba a entender con su vitalidad que casi cualquier cosa era mejor que aquellas ataduras laborales.

—Si uno es valiente y echa a andar por el mundo, el dinero cae de los árboles como las hojas en otoño.

A Eloy, que no se veía con el talento para lograr tales prodigios, le daba sincera envidia el entusiasmo de Cornelio, que parecía ser uno de esos sujetos dispuestos a las más variopintas aventuras sin preocuparse de los costes ni del porvenir. Para alguien así, el futuro se resolvía solo. No dijo nada y asintió mientras el viejo le narraba los resultados de sus últimas peripecias en lugares remotísimos: en Siberia había desenterrado un mamut del que solo quedaban pellejos peludos con los que se hizo un abrigo que aún conservaba, y en la Tierra del Fuego había descendido por un pozo natural hasta una gran cueva.

—¡Había miles de manos blancas pintadas sobre las rocas! —exclamó mientras hacía el gesto de apoyar las suyas en una pared invisible, luego bajó la voz como si fuese a revelar un gran secreto—. El sitio era conocido como

Zahuelkalmot, que quiere decir «la casa del dios Zahuel, señor de los infiernos». Y efectivamente, en la pared del fondo estaba dibujada con sangre la figura de este terrible personaje, un oso con cuernos, y a sus pies un altar hecho con calaveras humanas recientes.

Aquellas extravagancias eran difíciles de creer, probablemente eran casi todas invenciones o exageraciones. José miraba el parloteo de su amigo con una leve sonrisa irónica que dejaba muy claro que lo mejor era no llevarle la contraria y dejar que sus historias se agotasen en sí mismas. Así lo hizo Eloy, que guardó un silencio respetuoso hasta que Cornelio, de repente, llamó su atención sobre unos papeles viejos que asomaban de un cajón.

—¡Mira! Son los planos del viejo edificio del museo. Esto fue un hospital durante la guerra. Luego quedó abandonado y en ruinas hasta que lo reconstruyeron para albergar el museo.

Cornelio se dio la vuelta y se marchó a husmear un rincón oscuro. Eloy aprovechó y tiró disimuladamente del papel amarillento. No era, desde luego, el plano de ningún edificio, sino las hojas de un bloc con algunos garabatos, quizás bocetos de diseños similares a los que José construía. Miró hacia el carpintero y vio en el filo de su boca una sutilísima sonrisa.

—¡Muy bien muchacho! —gritó Cornelio de repente—. Eres libre, ahora es el momento de explorar mundo, ¿cuál será tu próximo destino?

Entre los escasos y vacilantes planes de Eloy, no estaba desde luego lanzarse a ninguna aventura. Viendo su

indecisión, el viejo se puso a recitar una lista de posibles lugares que visitar: Beluchistán, Tasmania, el Tíbet o la Bahía de Baffin.

—La verdad es que no tengo mucho espíritu aventurero ni mucho dinero —dijo al fin el joven, que no entendía muy bien qué pintaba él en semejantes lugares.

—No todos somos tan osados como tú, coronel —José acudió en su ayuda—. Creo que al chico le gustaría un oficio más tranquilo.

—Carpintero quizás —Cornelio estalló en una absurda carcajada que no logró sacar a José de la cola de milano que, con extraordinario cuidado, estaba labrando en ese momento—. O herrero, panadero, faquir, domador de focas...

4. Apendiz de nada

Un oficio tranquilo, sí. Pasar las horas absorto en minucias manuales sin tener que rendir cuentas a nadie, sin un aliento encima obligándote a cumplir con un plazo o cualquier otro requisito. Al menos así veía Eloy a José, un hombre aparentemente dueño de su tiempo. Eso era algo que sin duda deseaba, pero no estaba seguro de tener una vocación tan honda como para volcarse por entero en una sola actividad. Había sentido siempre una mezcla de envidia y extrañeza hacia aquellos que, desde su infancia, tienen tan claro el sentido práctico de su existencia que son capaces

de entregarse a ello como si no hubiese diferencia entre el trabajo y el ocio; como si el disfrute fuese, por encima de cualquier otra diversión, su realización a través de ese camino. Así era posible explicarse cómo había en el mundo personas capaces de acumular gigantescas fortunas, si su vocación era esa y tenían talento para los negocios, o cómo alcanzaban muchos otros la maestría en lo que fuese: tocando instrumentos, construyendo robots o dándole patadas a un balón. Si un oficio consistía en alcanzar, aunque fuese en grado elemental, algo de maestría, desde luego estaba muy lejos de ello. Porque diseñar patillas de gafas maquinalmente no era ningún oficio. ¿Cuál era entonces su talento? Quizás pudiese hacer bien muchas cosas, pero nada mejor que cualquiera. Después de pensar un rato, solo se le ocurrió una cosa en la que sin duda era todo un genio: deambular, ir de un sitio a otro, sentarse aquí y allá a mirar las cosas pasar, improvisar un paseo en mitad de un jardín cualquiera a las afueras de un barrio sin nombre, entre las vías del tren y la parte trasera de una hilera de edificios destartalados. Un talento difícil de entender para la mayoría de quienes están presos en los mapas que indican qué lugares merece la pena mirar y cómo.

Estas reflexiones avivaron sus ganas de probar si era cierto que tenía esa capacidad y lo empujaron a salir de su casa sin un rumbo fijo. Anduvo hacia el sur y llegó a la cima de una colina roma modelada con restos de escombros. Un laberinto de arbustos raquíuticos y ásperos había sido trazado allí para disimular el simple abandono. La única huella humana eran los rastros de los perros que sus

dueños, embozados en el abandono del lugar, no se habían molestado en recoger. Desde la altura se veía el primer anillo de circunvalación de la ciudad. Al otro lado, una valla perpendicular separaba un interminable descampado de un sector industrial que alternaba las naves grises con patios de cemento en los que se acumulaba la chatarra. El límite del horizonte lo cortaba el perfil cuadriculado del suburbio que antecedía al siguiente anillo de circunvalación.

Bajó lentamente hacia el rugido del tráfico. Trató de imaginar el golpeteo contra las rocas de un mar furioso e inconstante, pero le faltaban algunos ingredientes para recrear esa costa inexistente. Su olfato, acostumbrado a la atmósfera plomiza de la ciudad, apenas era capaz de distinguir nada, y el aire seco no tenía fuerzas para mover ni la más endeble rama de los arbustos que flanqueaban su paseo. Un badén sostenido por planchas de cemento separaba la colina de la carretera. Caminó por su fondo contando los pasos que separaban los sumideros hasta la boca de un túnel. La entrada estaba cubierta casi por completo de zarzas de las que colgaban plásticos y prendas de ropa sucia. Oculto en una esquina, un colchón negruzco envolvía más ropa y una pila de cartones. Temeroso de encontrarse con el dueño de aquella habitación, se paró en la distancia. Había un hueco estrecho entre las espinas y el cemento que daba paso a las sombras. Se acercó con sigilo y miró para no ver nada. Sobre su cabeza, los vehículos pasaban a toda velocidad. Le pareció imposible que nadie pudiese descansar en un lugar semejante, aunque peor sin duda era el frío de quien no tiene otro refugio.

Se armó de valor y entró en el túnel. Sus ojos se acostumbraron enseguida a la escasa luz y la penumbra se aclaró para mostrar unas paredes curvas saturadas de colores. Le vino a la mente la imagen de hombres paleolíticos que se adentran en las cuevas para encontrar bisontes en las formas de la roca. Allí los dibujos eran letras gigantes y esponjosas que se engarzaban unas con otras y cuyo mensaje quedaba oculto en el enjambre. El suelo era tierra húmeda y no había nada más. Alguien se había preocupado de evitar que la basura se quedase a las puertas. Cuando estuvo en el centro, se paró y comprobó sorprendido que el silencio era casi total. Solo de vez en cuando se notaba el paso de algún camión, pero era más un temblor sordo que un sonido. Continuó hasta el otro extremo y en los últimos metros volvió el ruido.

Escaló de un salto el nuevo badén y se encontró con la planicie del otro lado. La zona no parecía tener ningún uso, salvo la demora de un futuro en el que la ciudad necesitase ensancharse. Para entonces, el terreno ya estaba preparado, muerto y listo para recibir asfalto y cemento. Eloy no se paró a buscar un sendero que lo guiase por aquel desierto y echó a caminar sobre la hierba seca y los montones de piedras. De nuevo no pudo evitar imaginar que se encontraba en un lugar distinto, esta vez le tocó el turno a la superficie de un planeta inhóspito, contaminado de vida terráquea e incapaz de prosperar. El extraño cielo que se había abierto repentinamente le ayudó en su relato. Al fondo, una franja ocre aprisionada entre nubes oscuras difuminaba el perfil de los edificios. Justo encima quedaba un claro en el que reposaba una luna gorda y rojiza. Intimidado por ella, el

sol se había ocultado antes del atardecer y lanzaba sus rayos tímida y oblicuamente para tizar el aire de manchas violáceas. Se paró en mitad de este espectáculo majestuoso y dejó que su fantasía se disolviese en su propio absurdo. Daba igual dónde estuviese. Cada lugar era único, un cruce irreplicable de movimientos astrales y atmosféricos, un ciclo férreo de pequeños cambios incesantes cortados en momentos singulares por conjunciones como la de aquella tarde. ¿Y quién se paraba a contemplarlo? A las afueras de todo y a la vez en el centro. No había miradores orientados a aquel paisaje abandonado. Lo salvaje está allá donde nadie mira. La ciudad es también naturaleza.

Regresó hacia el cauce del tráfico. La oscuridad había crecido en el interior del túnel y tuvo la impresión de que alguien le espiaba. No se paró a comprobarlo y escapó lo más rápido que pudo. Llegó a lugares conocidos y se dejó llevar como un peatón más. Cuando estuvo frente a su portal, una sensación de angustia lo paralizó. ¿Qué iba a hacer en casa?, ¿tumbarse sin más a mirar el techo y escuchar las voces huecas del televisor de sus vecinos? Su alivio tampoco estaba en un nuevo paseo. No podía engañarse, deambular sin rumbo no era ningún talento, era solo un modo de encubrir el hastío de las rutinas impuestas y su incapacidad de encontrar un horizonte que lo librara de ellas. Volvió a recordar al carpintero y decidió ir en su busca, pero el museo estaba ya cerrado cuando alcanzó la puerta. Se asomó a la parte trasera y comprobó que nada se movía y todo estaba totalmente oscuro. Resignado, deshizo sus pasos y se dejó llevar hacia la avenida más cercana. Las aceras estaban repletas de gente

y los comercios aprovechaban sus últimas horas abiertos. Esa actividad lo reconfortó y, para no salir de ella, aplacó sus pasos hasta casi ser un estorbo para algunos que bajaban a toda prisa.

Al cruzar una bocacalle estrecha, justo a la altura de un escaparate pletórico de electrodomésticos, atisbó una figura enjuta que caminaba con su misma cadencia. Tenía que ser él, se dijo. Sin embargo, cuando vio de cerca su espalda estrecha y algo encorvada bajo un abrigo viejo, su esperanza estuvo a punto de derrumbarse. Pasó muy cerca simulando distracción y se giró fugazmente. Un rostro semioculto en el cuello levantado le respondió en silencio. Eloy se adelantó varios metros, se paró en seco y se volvió. Si no era José, continuaría su camino sin más.

—¿Disculpe, es usted...?

Un hombre que podía ser cualquiera le miró con un gesto tempestuoso que en absoluto concordaba con el aire sereno del carpintero. Pero fue solo un instante, quizás una máscara imaginada por Eloy con la ayuda de la luz espectral de los escaparates.

—¿Vives cerca o andas rondándome?

—No vivo lejos, pero me acerqué al museo a última hora y ya estaba cerrado —el joven prefirió no mentir, pero tampoco confesar sus auténticos motivos.

Sin dejar de mirarle, José sacó una cajita metálica y de esta un cilindro arrugado.

—Pues si me buscabas, aquí estoy —dijo después de encenderse un cigarro y ofrecer otro a su asaltante, que lo rechazó—. Vamos ahí cerca, te invitó a una caña.

Torcieron por una calle oscura y vacía hasta la luz de una puerta de cristal. El bar del otro lado era un salón desnudo de suelo desgastado y barra estrecha tras la cual vivía aprisionado un camarero de camisa negra y pelo plateado. El único color lo ponía una máquina tragaperras en una de las esquinas de la entrada, sus botones no paraban de encenderse y apagarse sin un patrón reconocible. Al otro extremo del local, un sujeto apretaba los codos contra la madera pegajosa que sostenía un botellín vacío y un platillo con huesos de aceitunas.

—¿Has encontrado ya un trabajo? —preguntó José cuando estuvieron servidos.

Eloy respondió con un gesto hosco y espontáneo que expresaba mucho más que una negativa. Miró a su alrededor y sintió el sórdido silencio del lugar acechando sus respuestas. El carpintero ignoró su incomodidad y volvió a hablar con un tono inusualmente alto en él.

—Entonces no quieres trabajar, eso está bien, ¿quién quiere?

—De algo hay que vivir... —Eloy se sorprendió a sí mismo soltando aquella trivialidad propia de quienes lo repiten todo como si el único fin de sus palabras fuese evitar el silencio a toda costa. Comprendió entonces lo difícil que era salir también de aquella rutina: tener algo que decir o, al menos, ser capaz de guardar silencio. Porque, ¿qué tenía él que decir acerca de aquel asunto?

El camarero se movió para atender las demandas de alguien invisible y Eloy se sintió aliviado con su lejanía. Entonces, José bajó la voz:

—Hay formas de vivir que la mayoría ni siquiera pueden imaginar.

—También hay formas de imaginar que no se pueden vivir.

El carpintero sonrió con la ocurrencia y tomó un sorbo de su vaso.

—Hay que tener disposición, ¿sabes lo que es eso?

El joven no contestó y esperó a que fuera el otro quien cerrase el círculo, pero no hubo tal cierre. El carpintero no solo no le sacó de dudas, sino que desvió la conversación hacia temas insustanciales, fueron solo cuatro frases previas a la última pregunta:

—Así que buscas un oficio.

—Algo así, aunque no tengo muy claro cuál, pero me da envidia el modo en el que usted trabaja, su tranquilidad.

—Para aprender un oficio hay que ir a una escuela de oficios —sentenció José después de exigir ser tuteado. Eloy comprendió enseguida el fondo irónico de aquellas palabras—. En el museo no necesitamos a nadie, pero puedes pasarte por allí cuando quieras. Es más; ya que estamos, si quieres puedes hacerme un recado.

—Claro.

—Ve a esta tienda y pregunta por Dámaso. —Eloy tomó la tarjeta que le ofrecieron, un cartón doblado con una dirección y sin ningún nombre—. Dile que te dé el pedido del museo.

—¿Y me lo dará sin más?

—Le dices que vas de mi parte.

—¿Es una ferretería?

—Algo así.

José sacó apresuradamente unas monedas y las dejó sobre la barra sin contarlas. Ya en la calle, se despidió con una murmuración ininteligible y se perdió calle abajo, donde las sombras lo engulleron antes que la distancia.

5. Una puerta que no existe

La dirección llevaba a un local en mitad de la Gran Vía, a medio camino entre la zona de los grandes teatros y el gigantesco edificio del Banco Central. Supuestamente al menos, porque cuando Eloy llegó al sitio, no encontró la puerta esperada. No es que en su lugar hubiese otra cosa, sino que faltaba justo el número buscado. Un lado lo ocupaba un enorme portal de mármol, pegado a él había una tienda cerrada y enrejada cuyos escaparates estaban cubiertos por una capa gruesa de antiguos carteles en descomposición. Entre ambos tenía que estar la ferretería de Dámaso, pero de los mármoles se pasaba directamente a las rejas. Quizás estuviese interpretando mal las señas, así que se dedicó a deambular por los alrededores. No era desde luego una zona propicia para ocultar nada; las calles eran anchas, las fachadas inmensas y abiertas. Había gente subiendo y bajando constantemente, y el tráfico era un fluido abigarrado que ocupaba varios carriles. Cruzó a la otra acera y comprobó que no había nada extraño en la numeración de aquel tramo,

la puerta debía estar en el lugar que ya había inspeccionado. Miró a su alrededor y vio la silueta majestuosa de los rasca-cielos que rodeaban la plaza del final de la avenida. Al inicio, por donde había venido, la zona comercial y de ocio reclamaba la atención de los peatones con enormes carteles y letreros que tapaban varios pisos. ¿Cómo era posible que en aquella calle, la más cara de toda la ciudad, pudiese sobrevivir un negocio sin duda modesto? Todo lo que le rodeaba era un derroche de gigantescas tiendas, centros comerciales, ministerios, teatros y museos.

Volvió al sitio señalado para echar un último vistazo. Bajó hasta una calle perpendicular y rodeó la manzana con la esperanza de encontrar algo parecido al escaparate de una ferretería. No había nada salvo grandes puertas de garaje y algunas furgonetas de reparto con medio cuerpo dentro. Subió de nuevo a la Gran Vía y pasó por última vez junto a las rejas en dirección a la estación de metro. Entonces vio la puerta. Estaba justo donde debía estar. Era una puerta estrecha de jambas grises que ni siquiera tenía encima una fachada propia, sino que se comía discretamente un hueco del mármol contiguo y se hundía ligeramente bajo las rejas. En el centro del dintel estaba claramente indicado el número que Eloy buscaba. ¿Cómo era posible que no la hubiese visto antes?, ¿acaso estaba soñando, alucinaba o el jaleo de la avenida había embotado sus sentidos? En cualquier caso, era obvio que la puerta había estado ahí siempre. No le dio más vueltas y, al no ver ningún timbre, la empujó. La hoja se abrió suavemente y le invitó a pasar. Cuando estuvo dentro, se cerró con la misma suavidad y la calle a su espalda desapareció.

Bastaba una fina lámina de madera para borrar el estruendo. El silencio era total, la quietud sencilla propia de los lugares apartados. La luz tenue le mostraba un pasillo largo de paredes amarillentas. La de la derecha estaba desnuda, la de la izquierda totalmente ocupada por una gran estantería rebosante de todo tipo de cacharros. La mayoría eran fácilmente reconocibles —máquinas de escribir, de coser, prensas, molinillos, planchas, lámparas de aceite—, pero había unos pocos que Eloy no fue capaz de identificar. Tenían en común que todos eran antiquísimos y ninguno parecía funcionar con electricidad. Avanzó muy despacio y llegó a una pieza cortada por un pequeño mostrador sobre el que reposaba un hombre corpulento de manos gruesas. El visitante se paró a la espera de que el dependiente levantara la vista, pero este permaneció largo rato sin mover un músculo. Eloy musitó una cortesía y esperó otro rato igual de largo. Un reloj oculto rompió la espera con un discreto repiqueteo. La estantería de la entrada se multiplicaba allí por todas partes, había además vitrinas sucias que ocultaban herramientas amontonadas y muebles oscuros con pequeños cajones numerados. Bajo este retablo industrial, el hombre alzó los ojos y miró muy fijamente al intruso. Su rostro ancho era un páramo moldeado por profundas arrugas; el pelo gris escaseaba en su cráneo, pero le manaba abundantemente de unas orejas y una nariz recrecidas por la edad. Eloy se presentó tímidamente y por fin el hombre habló con una voz terrosa y grave:

—¿Te manda José?

—Sí, me pidió que recogiese el pedido del museo.

—¿Qué pedido?

Eloy balbuceó sin saber muy bien qué decir ante aquella pregunta inesperada.

—¿Es usted Dámaso? —dijo por fin.

—¿Quién pregunta?

El joven se presentó con unas pocas y sinceras palabras que lograron, como si fuesen un conjuro, que el hombre se moviese. Muy lentamente, levantó un brazo y se pasó una enorme mano por la cara para despejarse una telaraña invisible.

—¿Trabajas para José?

—No, soy un visitante del museo y he hecho amistad con él.

—¿Amistad? No recuerdo que José tuviese ningún amigo.

—Me refiero a que le he conocido y me pidió un favor... —la voz de Eloy se apagó intimidada por el gesto duro con el que lo observaban.

—Sí, yo soy Dámaso —reconoció el hombre por fin—. ¿Qué era lo que querías?

—El pedido del museo.

Dámaso posó sus nudillos sobre el mostrador y se elevó con gran esfuerzo. Una vez en pie, ganó agilidad y se agachó a un lado y a otro en busca de algo. Después de varias vueltas, metió la mano en un cajón y sacó un puñado de tuercas que dejó estruendosamente sobre la madera.

—¿Te vale con esto?

—¿Ese es el pedido?

—No tienes ni idea, ¿eh?

—¿Ni idea de qué? —Eloy comenzó a sospechar que le tomaban el pelo.

—De tuercas, tornillos, palancas, muelles, engranajes, bielas, brocas, piñones, arandelas, alcayatas, cigüeñales, poleas, pernios, cilindros. ¿A qué te dedicas?

—No me dedico a nada —contestó Eloy con un tono ya desafiante—. Si no hay ningún pedido preparado para llevarme, que tenga usted buena tarde—. Y se dio media vuelta decidido a marcharse.

—¡Espera! —tronó la voz de Dámaso. El joven, paralizado, contuvo sus ganas de echar a correr—. ¿Qué quieres saber?

Sorprendido por la pregunta, Eloy deshizo su huida y miró a su alrededor. ¿Quería él saber algo? Ni siquiera sabía por qué estaba allí, ni allí ni en ninguna otra parte.

—O todo te da igual.

—¿Qué vende usted?

—No vendo nada, ¿acaso hay que vender algo?

—Entonces ¿qué sitio es este?

—Mi taller.

—¿Todo esto lo ha hecho usted?

—Algunas cosas, la mayoría las he reparado.

—¿Y para qué las tiene aquí?

—Las tengo —aquella respuesta cortante destrozó el amago de Eloy de mantener una conversación mínimamente distendida, lo cual quedó aún más claro después de las siguientes palabras—. A ti todo te importa una mierda.

Eloy quiso protestar, pero enseguida se dio cuenta de que no merecía la pena improvisar un personaje que no se

creía capaz de sostener. Era un pésimo fingidor; lo suyo era, más bien, escabullirse. Y allí, ante aquel hombre rudo y directo, no había ningún escondite. Decidió entonces defenderse con la única arma que poseía: la duda. ¿Cuál era ese *todo* que no le importaba? Sin duda, no podía ser un todo absoluto. Había cosas que por supuesto le importaban, para empezar su propia vida, algunas personas, el medio ambiente...

—No te engañes, todo te importa una mierda. —Esta vez la acusación fue mucho más suave, pero bastó para cercenar el hilo de pensamiento con el que Eloy buscaba elaborar una respuesta. Estaba claro a qué se refería ese todo. No a las cosas obvias, por supuesto. Ambos lo sabían y no era necesario decir nada más.

Como si su derrota le hubiese quitado un gran peso de encima, una coraza que hasta entonces no había sido consciente de llevar puesta, el joven sintió un gran alivio. Se paró a observar el local más detenidamente y advirtió que le agradaba. A pesar del tumulto de trastos, el lugar no estaba desordenado; guardaba el orden del trabajo, no el de la exhibición. Había un panel en una esquina del que colgaban muy juntas las más variadas herramientas. Dámaso lo tenía todo a mano, solo tenía que posar sobre el amplio mostrador el objeto a reparar y sacar de sus cajones lo que necesitase. Lo que para cualquiera, visto desde afuera, era un laberinto indescifrable, para aquel hombre era el camino cotidiano, un camino sin planos ni brazos robotizados que le había llevado a desaparecer del mundo. Porque, ¿cómo si no se explicaba que pudiera seguir existiendo en mitad de

la voráGINE comercial que le rodeaba?, ¿cómo si no explicar que su puerta fuese invisible a los millones que sin duda pasaban a su lado con la vista puesta en cosas más grandes, en los enormes fastos de una civilización que soñaba ya con conquistar el espacio?

—La gente a la que todo le importa una mierda es la única en la que se puede confiar. —Dámaso se había puesto unas gafas gruesas y colocado ante sí, tal como Eloy acaba de imaginar, un mecanismo que inmediatamente se puso a manipular. Y mientras sus dedos gruesos se metían por los rincones más diminutos, dejó flotando en el aire aquella sentencia distraída. Las tuercas continuaban sobre la mesa y el joven se atrevió a extender la mano hacia ellas—. Llévate las que quieras —murmuró Dámaso sin levantar la vista de sus operaciones.

Con aquel peso en el bolsillo, recorrió el corredor como quien sale de un sueño. La Gran Vía le pareció un lugar aún más inhóspito, más ruidoso y turbio. Caminó cuesta arriba con un escalofrío pegado al rostro y se dejó llevar por un remolino de gente que daba vueltas alrededor de ninguna parte como fieles alrededor de un fetiche. Él no veía nada salvo sombras. Tras deambular sin rumbo, la marea lo depositó en una callejuela del casco antiguo. La recorrió y llegó hasta una plaza coronada por la discreta fachada de una cafetería. El sitio era pequeño, limpio y elegante. Se sentó en una mesa al lado de la cristalera y dejó que una camarera joven le sirviese un café. Su sonrisa le pareció radiante, como una estrella que, aunque modesta, brilla con fuerza si aparece sobre la oscuridad de una noche nublada. Y esa luz

lo devolvió al mundo. Afuera todo estaba en paz, solo de vez en cuando alguien cruzaba la plaza, alguien cuya existencia tenía el sentido simple y fugaz de pasar por allí. Pasar por allí cogidos de la mano, en bicicleta, serios o sonrientes, con bultos sobre la espalda o libres de pesares. Con el pensamiento en cualquier otra parte, pero siempre allí. Sintió la necesidad de hablar con alguien, de tener un compañero con el bromear sobre cualquier cosa, con el que improvisar una charla intrascendente para no cambiar el mundo, para dejarlo pasar a través de los hechos que son las palabras.

Cuando quiso darse cuenta, la cafetería se había llenado de gente. Esto, lejos de abrirle como quería, le arrinconó aún más. Apuró su taza y salió como si huyese de algo. Un viento imprevisto le golpeó el rostro y sintió la caricia de unas finísimas gotas furtivas que llegaban para anunciarle la tormenta por venir. Atajó por un callejón hasta la avenida, donde comprobó fascinado que todo había cambiado. El cielo había invadido el asfalto y la mancha humana se había dispersado como un lago de aceite roto por el agua. Rechazó todos los refugios y se lanzó liberado por los vacíos que le calaban. No prestó atención a qué dirección tomaba, se sentía como un animal salvaje despreocupado por el chaparrón. La casualidad le hizo pasar nuevamente por la puerta de Dámaso, pero esta vez, sin nadie alrededor y alumbrada por la luz de un arcoíris formado en un jirón de la tormenta, refulgía entre la grisura de las fachadas de alrededor. Más adelante atisbó la silueta de alguien que como él caminaba desamparado. Se bamboleaba como un barco en mitad de la galerna, pero su cuerpo ancho resistía todos los embates

que esta le lanzaba. Cuando estuvo a unos pocos pasos, estuvo seguro de que aquel hombre encorvado de espaldas anchas era el mismo viejo que le había arrojado unas tuercas a la cara. Sintió su peso en el bolsillo y una ráfaga violenta borró al personaje a pocos pasos de que pudiera alcanzarlo.

Si quieres continuar esta historia entra en
<https://raulsanz.es/ultimo/>

Índice de capítulos

1. Patillas de gafa	9
2. Una puerta abierta.....	15
3. Una puerta cerrada.....	23
4. Apendiz de nada.....	31
5. Una puerta que no existe	39
6. Un autobús cualquiera.....	47
7. Un parque interminable	55
8. Jugadores de ajedrez	62
9. Una puerta amarilla.....	71
10. Un jardín en medio	77
11. Una puerta perdida	84
12. Una puerta olvidada.....	91
13. Un campo abierto	98
14. ¿Tienes casa?	106
15. El mensajero	113
16. Un encuentro	120
17. Una puerta inesperada.....	127
18. Lluvia.....	134
19. Un proscrito.....	140
20. Un violín.....	147
21. Una mina	155
22. Una fuente.....	163
23. Un milano.....	170
24. Un pozo.....	178
25. El lector	185
26. La última puerta	192

